

Humor:

UNA MONUMENTAL TOMADURA DE PELO

A.Melic

Quien a estas alturas pretenda ignorar o desconocer los hechos que acaecieron aquél triste viernes, 20 de julio, en la sede social de la Sociedad Entomológica Aragonesa -única asociación privada sin deudas reconocidas con la seguridad social-, corre el riesgo de ser tachado de persona extraordinariamente desinformada y ajena al más mínimo principio de solidaridad y compasión para con el ser humano. ¿Cómo, dada la transcendencia y resonancia de los hechos, sería posible disculpar tan enorme grado de inopia, tan abultado margen de incapacidad para acceder a lo que todo el mundo rumorea, comenta, discute y lamenta?

Hasta las piedras de este planeta, en su insensibilidad inorgánica un tanto patética, son conscientes de los dramáticos acontecimientos ocurridos.

¿Cómo no saber, incluso en inútil fingimiento, aún de forma fragmentaria o por simples rumores, algo del asunto que con tanta crudeza conmocionó a todos y que con tanta rapidez -y, en ocasiones, con tan mala fortuna- inundó la totalidad de los periódicos y revistas, incluso extranjeras, de aquél viernes y, sobre todo, sábado y días siguientes? ¿No fue Radio Nacional a través de su cadena local, en su noticiario de las doce, apenas unos minutos después de la tragedia, quién primero dió la noticia provocando al país en pleno un auténtico sobresalto de terror? ¿No emitió Televisión Española, en un despliegue informativo sin precedentes, sólo reservado hasta entonces a los agapés del Presidente de la Nación o a los partidos de fútbol del Real Madrid, extensos reportajes con imágenes de gran impacto y dureza, repitiéndolas cada pocas horas a lo largo de toda la semana? ¿No dedicó el diario El País su suplemento dominical a este tema junto al reportaje sobre la extraordinaria hazaña del Real Madrid que a punto estuvo de empatar su partido contra el Ecija en el último minuto a pesar de perderlo 8 a 1?

Durante toda la semana siguiente -recordémoslo-, decenas de autoridades civiles y políticas, desde sus celdas respectivas, hicieron llamamientos a la cordura y tranquilidad y aseguraron no estar implicados en el asunto de una forma directa, consciente o dolosa. ¿No fue necesario que, al objeto de calmar el clima de inquietud y desasosiego en que nos vimos inmersos, el Presidente de la Nación tuviera que cancelar su viaje semanal a las Seychelles para enviarnos una palabra de ánimo en momentos tan tristes a través de aquel simpático reportaje en que nos enseñó las fotos de la castración de su gato Sulfuroso? ¿No colapsó la Iglesia de procesiones y rogativas las calles más céntricas de todas las ciudades para infundirnos fé y valor ante la desgracia, resignación ante la hecatombe, mucha castidad y generosidad en el donativo? ¿Quién, pues, podría simular ignorar el asunto de que tratan estas líneas y no saber qué ocurrió ese viernes negro del pasado mes de julio? ¿Quién?

Es cierto que el ejército de la nación, ante el peligro de revuelta, se marchó de maniobras al extranjero y que el reportaje televisivo del Presidente fue rodado con un muñeco de guiñol al que se le notaban las costuras. No es mentira que todavía se ignora qué hacía aquéllo debajo de la cama del Ministro de Justicia y que nadie de su gabinete haya sido capaz de dar una explicación, si no convincente, al menos plausible. Existen dudas razonables sobre la identidad de los protagonistas y se especula sobre la posibilidad de que escriban un disco o graben un libro, lo que venda más. De las víctimas, a pesar del tiempo transcurrido, sólo son conocidas sus iniciales y, en uno de los casos, las vocales intermedias. Rumores sin fundamento, aunque desmentidos tenuemente, indican que importantes personajes de la beautiful people posiblemente no tuvieron absolutamente nada que ver con los hechos, como siempre, y los presidentes de algunos de los bancos más

importantes de la nación guardan un silencio que comienza a interpretarse como culpable. Han transcurrido ya bastantes fechas desde el evento infortunado y la distancia en el tiempo, aunque no muy holgada, nos permite ensayar un análisis más sereno y objetivo de los hechos, por dolorosos que sean. No he de tomar en cuenta el asunto de los ecologistas sorprendidos por la policía en plena acción de acosar, para luego devorar, a un indefenso pollo o la crónica negra del affair del psiquiatra Orencio Chaveta y el tráfico internacional de salchichas de franckfurt gigantes. Estas y otras son simples secuelas sin importancia que no mereren otra cosa que el olvido o la anécdota de almanaque. Vayamos con valentía y decisión a los hechos, al meollo, a la cuestión y deshagámonos de pajas y de fuegos artificiales de distracción.

Quien pretenda conocer, siquiera con claridad meridiana, cualquiera de las circunstancias que rodearon a los acontecimientos acaecidos aquel fatal viernes tenebroso en la sede social de la **Sociedad Entomológica Aragonesa**, merece, sin lugar a dudas, el calificativo de ingenuo, crédulo y patán. Quien se precie de haber leído todos los periódicos y revistas que pretendieron informar sobre el asunto, incluso extranjeros, se encontrará sumido en un mar de conjeturas y dudas más que razonables respecto a los hechos, fruto de la distorsión a que fueron sometidos a consecuencia de la precipitación y el ánimo sensacionalista de los redactores. ¿Cómo versiones tan encontradas, tan dispares e increíbles pudieron hallar cabida, incluso, en la misma página de uno sólo de los rotativos? ¿Cómo no rechazar con repugnancia reportajes como el aparecido en el País dos domingos después en el que se afirmaba con rotundidad que el Real Madrid perdió por el mal arbitraje cuando le fueron pitados 9 penaltys a favor? ¿Quién no sintió una cierta vergüenza ajena al descubrir en el mismo diario, y en portada, que el ministro de medio ambiente cree que un artrópodo es un enfermo de artrosis? Radio Nacional -hemos de reconocerlo- se quedó en la superficie del asunto y dió a conocer una serie de datos -en ocasiones totalmente ajenos a la noticia- que en el futuro no servirán si no para complicar las investigaciones judiciales que, en su caso, se realicen. Respecto al noticiario de Televisión, de sobras son conocidas por todos las tendencias de sus informativos a suavizar las noticias que puedan contener un trasfondo político y a agravar aquéllas que, por la brutalidad de sus imágenes, hagan intuir al espectador una veracidad y realismo en el programa que permita camuflar aquella otra tendencia. El efecto, cuando coinciden ambas inclinaciones contrapuestas en un mismo reportaje, es catastrófico y, en todo caso, exento de información veraz. La repetición del programa no hizo sino intoxicar todavía más la opinión del público en general. En definitiva: es inevitable tener la sensación de conocer unos hechos que, apenas intentamos concretar o definir, se escapan como agua en un desagüe. Un laberinto de conjeturas, desinformaciones y verdades a medias, cuando no simples mentiras interesadas, nos hacen divagar sin rumbo, sin conclusión. Moverse por los vericuetos de la información transmitida desde mil antenas y periódicos, en todos los soportes imaginables y desde todas las trincheras de la clase intelectual y periodística del país es un acto tan inútil como intentar atrapar tu sombra persiguiéndola alrededor de una farola.

Sirva, pues, esta nota, para que los hechos que han pretendido ocultársenos impunemente disfrazándolos de verdades aparentes mediante la verborrea vacía y estéril de los cómplices del innombrable latrocinio que para vergüenza de todos nosotros se perpetró ese viernes de gélido recuerdo en la sede social de la sin par **Sociedad Entomológica Aragonesa**, salgan por fin a la luz y todo quede aclarado, definitivamente. Espero haber contribuido, si quiera someramente, a este deseable objetivo.

(Fin de *Una Monumental Tomadura de Pelo*).

A.Melic

